

Domingo 26 febrero 2006
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 2,18-22

Mira que hago nuevas todas las cosas

El Evangelio de este domingo tiene dos partes y en cada una de ellas el evangelista Marcos da un nuevo paso en su gradual manifestación de la identidad de Jesús.

En la primera parte se trata del tema del ayuno. El ayuno está recomendado en la Escritura como un antídoto contra el hedonismo. El ayuno es una declaración de que los placeres de esta vida terrena -comer y beber- no son la felicidad máxima a la que el hombre está destinado. El hombre es sólo un peregrino en este mundo y su felicidad verdadera consiste en el pleno goce del Bien Supremo en la vida eterna. Con razón, entonces, los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. Y con razón preguntan a Jesús: "¿Por qué tus discípulos no ayunan?". Jesús justifica la conducta de sus discípulos con otra pregunta: "¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?". La respuesta obligada es: "No". Pero Jesús subraya que este es un "no" circunstancial: "Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar". Pero, cambiada esta circunstancia, ciertamente ayunarán: "Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán".

El ayuno es una actitud necesaria para este tiempo de peregrinación. Pero cuando el hombre haya alcanzado la felicidad eterna no tendrá sentido. El autor del Apocalipsis presenta la felicidad eterna como una participación en el banquete de bodas del Cordero, es decir, de Cristo en su estado de sacrificado y gloriosamente resucitado: "Alegremonos y regocijemonos y demos gloria a nuestro Dios, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado... Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero" (Apoc 19,7-9). Obviamente los que participen en ese banquete no pueden ayunar. Jesús afirma que sus discípulos son los "invitados a esa boda" de la cual él mismo es el novio. Su presencia en medio de ellos es un anticipo de esa alegría y regocijo eternos. Afirma así que él, Jesús, es ese Bien Supremo que da la felicidad plena a los hombres. Mientras está él con sus discípulos, ellos no pueden ayunar.

Como esta explicación no convencía a sus interlocutores, Jesús propone dos parábolas: No se puede echar vino nuevo en pellejos viejos, ni se puede coser un remiendo de paño nuevo en una tela vieja. Jesús quiere decir que él mismo es lo nuevo; pero no puede ser acogido en una actitud antigua, regida por una ley que, habiendo perdido el contacto con su origen, se había hecho rígida. La novedad introducida en el mundo por Cristo exige una actitud nueva. Siguiendo con la imagen del Apocalipsis, podemos comprender en toda su profundidad la expresión de Jesús: "Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: 'Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado'. Entonces dijo el que está sentado en el trono: 'Mira que hago nuevas todas las cosas'" (Apoc 21,1-5). Esa novedad absoluta es Cristo. Sólo el que lo acoge así, lo puede comprender.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles